LEYENDAS ECUATORIANAS – VARIOS AUTORES

LEYENDAS INDÍGENAS

PALLA Y EL TESORO DE LOS LLANGANATES

Alfredo y Piedad Costales Samaniego

Cuentan los viejos que otros más ancianos refirieron a su vez. Así pasa la tradición de una rivera a otra de los siglos.

Palla fue escogida para esposa de Atahualpa y soberana del Reino de Quito, entre millares de hermosas ñustas de la corte. Atahualpa, emotivo, desposó a la adolescente esbelta, ligera, de piel de aceituna y ojos de almendra; jamás mujer alguna doblegó así su corazón de guerrero. Palla tenía la boca encendida como el fruto de los molles. Sus líneas habían sido trazadas, para lucir entre resplandores de oro y pedrería.

A partir de su desposorio anunciado por los sabios, los amautas, cantado por los trovadores indios, solo las vírgenes del sol tejieron las ricas vestiduras de Palla. Al verla ataviada de ese modo, Atahualpa sentía sobre su corazón el perfil de las montañas graciosas, pespunteadas por la luz pura del día.

Poco después, el soberano comenzó a encontrar defectuosos los vestidos de la reina. Ninguno convenía a la joven figura de su cuerpo. Ninguno permitía resaltar el brillo de sus ojos de alegre cutiurpilla. Por eso, Atahualpa pensó muy seriamente en que aquellos regios mantos debían ser confeccionados con el más puro oro de la tierra, el de los secretos filones de los Llanganates.

Uno y otro día pensó a solas. Luego, resolvió llamar a la princesa más linda del reino de Quito, Palla, haciéndola confidente de su resolución.

Cuando ella estuvo en su presencia, el soberano le dijo apasionadamente:

--- Eres muy hermosa…, fresca como los amancayes de los reinos del sur.

Palla sonrió coqueta, complacida.

--- Quiero para ti el más lujoso manto soñado por las ñustas; para ello te llevaré a las ignotas regiones de los Llanganates. Allí obtendremos el oro necesario.

Palla no disimuló el destello feliz de sus ojos de almendra. En su corazón saltaban inquietas mil venadas. En el pecho sentía clavada una saeta azul. No pronunció palabra, a fin de no interrumpir aquellas inusitadas confidencias. Dejó que el monarca abriera los secretos de su corazón.

--- Lucirás el oro de los Llanganates. Como nadie conoce el camino, a más de tres personas a contarse conmigo, es indispensable que, una vez, la primera, yo te guíe.

>Saldremos sin ser vistos. Nos protegerá la noche, el frío de la tierra escarpada, por donde iremos siempre. Nos ayudará, sobre todo, el silencio de mis fieles vasallos. Jamás nadie sabrá por ellos dónde se encuentran las escondidas cuevas de los Llanganates. Así te verás respaldada, tanto por mi poder, cuanto por el silencio, la fidelidad de la gente que te rodee. Después, cuando precises de mayores cantidades de oro para tus adornos, ya no irás conmigo; te bastará la compañía de mi guardia favorito.

Palla, con el mismo silencio con que vino al llamado de su soberano, se fue de su presencia, saboreando anticipadamente, la felicidad de poseer aquella hermosura que había cautivado, en extremo, al más poderoso monarca del reino de Quito.

Se alejó envuelta en la loca alegría de su juventud prometedora, en el ala blanca de sus pensamientos de grandeza.

Como había ofrecido Atahualpa, la comitiva partió por la noche y en los primeros vientos fríos de las altas cordilleras. Nadie en la corte supo de aquel viaje. Se eligió lo selecto de la guardia, fieles vasallos, quienes pagarían con su vida cualquier ligera falta de prudencia.

Lunas después, la comitiva llegó a Tasinteo. Allí descansaron los viajeros. Mientras sus vasallos renovaban fuerzas, la princesa de los ojos alegres fue a pararse en el más alto picacho, El Pongo; desde allí, contempló la vasta tierra del Tungurahua. Ella seguramente no quiso ser vista por viviente alguno. Pero, precisamente, era la hora en que resbalan las rosas blancas del sol. Aquella luz la baño toda íntegra, dejándola sobre la montaña, como un retazo de arco iris vestido de oro y pedrería.

Los campesinos de las regiones de Tasinteo y Chalata jamás contemplaron espectáculo igual. Abandonando los rebaños, las chozas, las siembras, fueron hacia la montaña de la visión magnífica.

Cuál no sería su sorpresa al contemplar la hermosura de Palla, esposa de Atahualpa. No hicieron sino besar el borde de su manto, admirándola en silencio.

El soberano, sorprendido ante la curiosidad de sus vasallos, prontamente ordenó a sus soldados que continuaran el viaje. La princesa se despidió con sonrisa feliz. Los indígenas de Tasinteo y Chalata sintieron verdadera tristeza por aquella joven hermosa a quién tal vez ya no verían.

Alguien gritó emocionado:

--- Vuelve pronto a que te veamos, aquí en El Pongo.

--- Vuelve, hermosísima Palla ---respondieron muchos más.

--- Regresaré ---dijo la princesa. Ya cuando, en el anda de plata, ella colocaba el mármol fino de su pie---. Volveré, y os encantaréis con la riqueza de mis vestiduras, adornadas del más puro oro de la tierra.

--- Va a los Llanganates ---pensaron los indígenas. Por eso no siquiera pusieron atención para mirar el derrotero seguido por la regia comitiva. Ellos comprendían que nos les estaba permitido conocer el ignoto laberinto que conduce hacia los Llanganates.

En tanto, Palla se acostó en la litera de plata, complacida de haber respondido afirmativamente a los indígenas, sorprendidos de su hermosura. Atahualpa nada dijo, ni siquiera porque la princesa se detuvo a hablar con tanto campesino, cuando habría sido mejor que todos ignoraran detalles de su viaje. Pero, para el corazón del monarca, la voluntad de la princesa era una saeta azul que escribía bellezas en el alma.

Año tras año, Palla realizó el mismo recorrido, acompañada de sus fieles vasallos. Los indígenas acudían, a su paso, a besar el borde dorado de su manto. Año tras año, era el comentario obligado las riquezas de los vestidos de Palla.

Por décadas, los habitantes de Tasinteo y Chalata, en cierta época del año, suspendían sus trabajos agrícolas. No recogían las mieses; no sacaban los rebaños de las quinchas, ni había recolección de miel de cabuyo. Todo lo dejaban allí, por acudir al paso de la soberana. Con este motivo realizaban vistosas festividades en su honor.

Por aquellos días, los habitantes del reino de Quito lloraban la prisión de Atahualpa. El soberano había sido engañado por los españoles presentes en sus territorios, y nadie, a la fecha, conocía el destino del monarca. Algunos lo presentían ciertamente, pero aquello era una ligera ráfaga helada en el alma, que preferían ahogarla.

Esperaron junto a El Progreso, donde ascendía la princesa a contemplar la enormidad azul del Tungurahua. Esperaron, sufridos por haberlos privado de repente de su vista… Acaso la misma princesa vendría a comunicarles la muerte del soberano.

Unos a otros se animaban, pensaban en la protección de las divinidades geográficas, pensando cómo podían unos blancos, unos tristes tzalas, unos “viles gallinazos” matar al hijo del Sol.

En tanto los indígenas de Chalata y Tasinteo hacían estas reflexiones, llegó la princesa de la boca de la niña y, subiendo a la alta cresta de El Pongo, pidió que fueran congregadas los habitantes de los sectores aledaños.

Una vez reunidos, se sorprendieron de la pobreza de sus vestiduras. ¿Dónde estaban las perlas, el oro profundo de la tierra?

--- Es necesario extraer todo el oro posible de los Llanganates para pagar el rescate de vuestro soberano ---ordenó Palla mientras se diluía el marfil de su pena.

Un murmullo de emoción cundió por los cerros de Tasinteo y Chalata. Era la viva esperanza de cubrir la cantidad solicitada por los blancos, obteniendo la libertad para Atahualpa.

--- Para contentar a los barbudos, a los viles gallinazos, he enviado mis ricas vestiduras. Aquellas que el mismo soberano por amor hizo trabajar a las vírgenes del sol… Ellas tejieron algo con qué dignificar mis efímeras bellezas.

En verdad, la princesa espléndida como una flor de la sierra ahora no tenía otro adorno que sus entristecidas hermosuras. Vestía como el fruto amargo de los cardos.

--- Yo lucía oro y pedrería para alegrar el corazón del soberano, para saludaros a mi paso; así convenía a un pueblo trabajador… Pero ya nada necesito sino el oro que salvará a mi esposa, vuestro rey.

Los indígenas lloraron aquel día por la pena de su princesa. Al verla partir en infinita caravana hacia los Llanganates, ya no pensaron sino en acompañarla, cuantos más fuera con ella tanto más oro extraerían de las cuevas de los declives orientales, cubrieron no una sino cien habitaciones, para así colmar la ambición de los tzalas.

Pocas lunas después, la noticia de la muerte de Atahualpa sacudió de espanto a los indígenas. En la piedra llamada El Pongo, esperaron a la princesa que hoy debía tener el corazón destrozado. La esperaron para comunicarle de la muerte del joven monarca, acudiendo en auxilio de aquella hermosa, hoy más sola que las tiucurpillas del valle, más solitaria y desnuda que los molles.

Nadie volvió a contemplar la belleza de esos ojos, obreros de las últimas alegrías de Atahualpa. Pero las generaciones la siguen esperando en El Pongo, donde nacen las rosas blancas del sol. Aquello es esperar en el simbolismo de la leyenda.

Estos hombres celosos de su pasado no solo se preguntaban por qué ya no viene la última ñusta a regalarles el magnífico espectáculo de sus joyas y vestiduras. Averiguan también en qué lugar de la tierra le sorprendió la noticia de la muerte del soberano; quién ordenó tal vez retomar, para siempre, hacia las entrañas de los Llanganates, sepultado todo el oro del rescate… ¿Enigmas?... ¿Leyenda?...

Todos, sin embargo, coinciden en un solo pensamiento: Palla debe estar a la puerta de los Llanganates, vestida de espinas como el cardo, llorando desde las lejanías de su leyenda amarga, esperando el día de aparecer ente sus fieles vasallos, vestida igual que las demás mujeres, con una lliclla gris cubriendo las cenizas de su alma.

LOS QUITOCUCHOS

Alfredo y Piedad Costales Samaniego

Los ancianos deliberaban respecto al sitio en el que edificarían la nueva capital de los shyris. Debía estar protegida de un modo natural. Las excelencias del clima facilitarían la vida. Habría montañas donde erigir las huacas, las pacarinas, en homenaje a los manes tutelares. En las llanuras crecían el maíz, la quinua.

Apresurarse disgustaría a los dioses, originando una ciudad sin pucarás. El pueblo guerrero, conquistador, fuerte, no aceptaría una capital fácilmente abordable. Las fortalezas tendrán seguridades de templo.

El hundimiento del Cullay o Capac Urco sembró, poco tiempo atrás, la muerte entre las filas crecidas de valientes. Destruyó ciudades, pueblos, no dejando rastro alguno de edificación. El ala gris de un ave gigantesca cayó sobre la vida, la diáfana arquitectura de la capital de los shyris.

Los sobrevivientes replegaron sus energías más allá de las ruinas. Los caciques y los ancianos se reunieron junto a los visibles vestigios del “gran concejo”, para consultar a los dioses, enérgicos en sus designios, enigmáticos en su alta justicia. Prosigue la leyenda:

A la puesta del sol, los shyris encendieron numerosas hogueras. Las lenguas de fuego crecieron hacia el cielo. Al calor de aquellas lámparas vegetales, nacieron en racimos blancos las estrellas. El pueblo sufrido entonces, en himno religioso, algo así como el primer jahuay, tal como debió ser en el principio.

En la noche cargada de legendarias promesas, resonó la voz cascada del más viejo augur.

--- Los geurgos piden que el más valiente guerrero ascienda al Itzabug.

--- Sea, gran sacerdote ---respondió la multitud.

--- Desde el Itzabug se contempla la extensión del llacta runa… ---continuo el augur de los shyris.

--- Dices la verdad, sabio nuestro ---clamó el pueblo reverente.

--- Desde allí, el joven guerrero arrojará con la huaraca sagrada la piedra entregada por los sacerdotes.

--- Esperamos en tu palabra, sabio nuestro.

En silencio, el pueblo dijo su última oración aquella noche. Tornó cada hombre a acurrucarse bajo las estrellas, arrebujándose como el cuerpo castigado del cabuyo. Los caciques dejaron sus curules de piedra para poder dormir cobijados de esperanzas.

Muchas veces más los sacerdotes augures consultaron los oráculos. Las divinidades profundas, geurgos, demiurgos cosmológicos emitieron voces guerreras, a través de sibilas indias. Como no fueran claras las respuestas,

se sucedieron los sacrificios de vírgenes hermosas, torcazas y caballitos andinos.

Por fin, los oráculos de las Delfos shyri exigieron la prueba de la honda sagrada, en la cima del Itzabug, como ya fue solemnemente anunciada.

Vinieron meses preparados levantando el espíritu del hombre. La llama de la fe debía arder, como un sol, en cada shyri. La abstinencia atraería a las divinidades protectoras. En ese mismo lapso, recogieron las mieses maduras, cortaron el corazón del cabuyo, extrayendo la miel, llenaron vasijas de barro para fermentar la chicha. Todo eso serviría para las celebraciones religiosas y profanas, luego que hubiera llegado el gran día.

¡Y fue la hora señalada por los dioses!

Encendieron un millar de hogueras en un círculo simbólico-mágico. los sacerdotes, al centro de la esfera iluminada, erguían sus figuras, envueltos en mantos de lana. En las faldas del monte sagrada, dos hileras de vírgenes del sol, portando pebeteros, escoltaban al guerrero que ascendería al Itzabug, el príncipe Conllicando, el astay de los guerreros.

La voz del augur ordenó iniciar la marcha hacia la cumbre. Entonces, Conllicando oró con fervor:

--- Me acercaré al dios de los guerreros y los fuertes; él escuchará la voz de mi pueblo, enviando su respuesta.

El solo grito de los shyris le impulsó a subir custodiado por las jóvenes de los pebeteros. Su senda estaría iluminada hasta la cima.

Inició la marcha. Conllicando llevó en la diestra la honda y la piedra entrega por los hechiceros. Ya en la cima, giró su torso de atleta hacia las altas gargantas de la cordillera; colocó en la huaraca la piedra y oró por última vez:

--- ¡Divinidades protectoras, responded a mi pueblo que espera…!

Giró vertiginosamente la onda abriendo caminos en el aire y lanzó la piedra al infinito.

Hubo un estremecimiento horrendo en las montañas. Trepidó el Itzabug arrojando a las vírgenes, que sufrieron por sus pebeteros. Conllicando permaneció espléndido, erguido, entre los resplandores que enceguecieron a los hombres. Por fín, algo como una serpiente de fuego hendió los espacios.

Fueron breves minutos solamente, volviendo luego la serenidad a la tierra. Conllicando descendió sin luces ni pebeteros. El pueblo permaneció sacudido de temor, la frente en el polvo.

Las mujeres acercaron vasijas de barro conteniendo chicha. El más anciano sacerdote alzó el vaso de las ofrendas, lleno de aquel líquido fermentado y brindó la primera libación a Conllicando.

--- Gran príncipe, tú has hablado con los dioses, purifica tus labios.

Conllicando purificó su boca. Bebieron los demás sacerdotes, por orden jerárquica. Luego bebió el pueblo simultáneamente.

La desesperanza y la incertidumbre incendiaron el alma shyri. La chicha apagó la llama interior y los animó. Cayeron los cuerpos ebrios dolorosamente. Murió un millar de hogueras vegetales. Las últimas estrellas se columpiaron del alba.

Un ejército marcho al día siguiente en busca de la piedra que indicaría el sitio designado por los dioses para la edificación de la nueva capital de los shyris. El ejército mostró optimismo.

En tanto, el pueblo bebió los últimos cántaros. Danzó, ya pisoteado frenéticamente la tierra o alzando sus manos en amenaza a los cielos. Gritó dejando que estallen los músculos, la vida, las emociones. Cantó para llenarse de esperanza.

Al retornar, el ejército trajo malas nuevas, los guerreros que volvieron solo fueron sombras de aquellos que marcharon optimistas. Conllicando y los sacerdotes augures recibieron la noticia. La piedra de los hechiceros había caído entre los repliegues accidentados del Teligote y el Llimpe. Una enorme serpiente de fuego llenó de pavor la tierra.

El príncipe escuchó la interpretación de los sabios, antes de comunicarse con el pueblo.

--- Negación de los dioses ---argumentaron los sabios sacerdotes---. No es allí el sitio que favorecían las divinidades, con sus gracias y atributos.

Conllicando, intrépido guerrero, príncipe gobernante, comunicó a los shyris:

--- ¡Hombres, mujeres, oídme…! Los dioses no favorecen la fundación de nuestra capital, donde ha caído la piedra. Entre el Teligote y el Llimpe una enorme serpiente de fuego lleva de pavor la tierra.

El dolor quebró el corazón de las gentes. Murió una primera ilusión. Grupos de hombres comentaron la adversidad del suceso. Pero una y otra vez se oyó: “Quitocuchos, quitocuchos”. De uno a otro pasó el mismo nombre, agitadamente.

--- No erigiremos aún la ciudad, es el pensamiento común. Más existe ya, y por voluntad de los dioses, el rincón de los quitus.

El pueblo tornó al viaje de la resignación. La historia sepultó la leyenda.

Los quitocuchos, etnia actual del Tungurahua, guardan este precioso relato, al amor de sus cerros. A ellos no les interesa saber si Conllicando, en el Itzabug, hizo nuevamente de profeta, recibiendo la aprobación de los dioses. Para ellos, termina la leyenda cuando nace su pueblo. Lo cierto es que allí cayó la piedra de los hechiceros y apareció una enorme serpiente de fuego.

POSORJA

J Gabriel Pino Roca

Discurrían como quieran los eruditos, rastreadores de las lenguas muertas americanas, acerca del origen y verdadera etimología del vocablo Posorja, nombre del popular balneario situado sobre la costa norte del golfo, a seis horas de Guayaquil. En nada afectará aquello la remota tradición de que, en la lengua de los indígenas que poblaban esa región cuando asomaron los primeros aventureros hispanos, no significaba otra cosa, traducido al castellano, que “espuma de mar”, poético apelativo con que su pueblo llamaba a cierta hermosa joven, cuya misteriosa andaba en lenguas por todas las dilatadas comarcas que constituían los dominios de los hijos del Sol. Entretente con ella, amable lector, si acaso eres curioso de las quisicosas del terruño. Yo te la refiero tal y como la hube de los viejos labios que la recogiera.

Años antes de que los incas, en su permanente afán de conquista, llegaran a invadir los pequeños estados y cacicazgos ribereños del golfo y río de Guayaquil, con el fin de someterlos a su dominación civilizadora, sucedió que ciertos indios de la tribu que moraba en las tierras contiguas al sitio en que hogaño se alza el pueblecito de Posorja, y quienes desde lo alto de las lomas se la pasaban atalayando el horizonte para prevenir las frecuentes y sorpresivas irrupciones que hacían desde la isla los belicosos puneños, validos de su numerosa flora de balsas, descubrieron, sorprendidos, durante una clara mañana en que las aguas corrían tranquilas y el padre Inti ascendía majestuoso al cenit, sin que una sola nube empañara su brillo, como, con rumbo a la cercana playa, avanzaba velozmente un pequeño esquife, de forma desusada, navegando contracorriente, sin que lo impulsara vela alguna ni se descubriera quiénes lo tripulaban.

Preocupados, bajaron los vigías a la orilla, a la que había atracado fácilmente la navecilla. Se acercaron, sobrecogidos del natural temor supersticioso peculiar a su raza. Fue en aumento su asombro cuando se cercioraron de que, en el fondo de la misma, recostada sobre mantas de algodón, pintadas de caprichosos jeroglíficos, no había otra persona que una pequeña niña que sonreía adelantándoles los bracitos, cual si les invitara a recogerla.

Aquella niña no tenía ninguna otra vestidura más que un curioso caracolillo, contrahecho en oro suspenso al cuello por un collar de diminutas cuentas del mismo metal. Sus dientecitos tenían la blancura y el esmalte de la perla, y sus cabellos, en vez de ser lacios y negros, tenían el color y la finura de las hebras que cuelgan de la mazorca tierna del maíz. El tinte de la piel difería del común; parecía imitar el de las nubes, o el que adquieren las aguas al chocar estrepitosamente contra las rocas. En las aguas ovalados brillaba

una luz sobrenatural y, aunque su mirar era dulce, producía en quienes se detenía una nerviosa sensación.

Fascinados, contemplaron los indios la inexplicable aparición; de pronto, cual si los moviera una fuerza sobrenatural, y en tanto la chicuela les seguía sonriendo complacida, avanzaron, mudos, los cortos que los separaba de la flotante cuna: la rodearon, pusieron las manos sobre los bordes como para controlar su peso y, apercibidos de que la madera en que estaba labrada era más liviana que la de balsa, levantándola cuidadosamente, emprendieron con ella el camino del bohío en que habitaba el cacique, su señor, noticiando a todos al paso de su precioso hallazgo.

El cacique, oyendo el portentoso relato y cautivado por la singular belleza de la pequeñuela, convocó inmediatamente a los más reputados adivinos y hechiceros de muchas leguas a la redonda para que examinasen el suceso y emitieran su parecer; pero ninguno logró explicar ni la procedencia ni el motivo de la inesperada visita, como, tampoco, descifrar los intrincados jeroglíficos de las mantas, ni decir qué manos pudieran haber trabajado el precioso caracolillo de oro que traía al cuello. Solo aventuraron que sería una hija del mar que este les enviaba como deidad protectora. Observando con asombro el inusitado color de su cuerpecito y de sus cabellos, y atentos a la relación que de su extraordinario encuentro hacían, una y otra vez, los vigías que hicieron tan portentoso hallazgo empezaron a llamarla, en poético lenguaje, Po-sor-já, que equivalía a decir “espuma de mar”. Así siguieron designándola en adelante todos los que de cerca o de lejos hicieron viaje expreso por conocerla y admirarla, atraídos por la nueva que volaba de boca en boca.

Po-so-já fue creciendo y entrando en los floridos días de la juventud, en casa y al amparo del valiente cacique, rodeada de todo género de cuidados y mimos. Quienes se le aproximaban, lo hacían adoptando compostura de veneración.

Objeto de la curiosidad general, venían, por conocerla y ofrecerle presentes, desde los más apartados territorios, príncipes, curacas, jefes de tribu y hechiceros, quedando prendados de su hermosura y subyugados por su mirada avasalladora.

Su sedosa y abundante cabellera la sembrada de florecillas campestres; envolvía los encantos de su cuerpo virginal entre los pliegues de las extrañas mantas que vinieron con ella desde el mar, y adornaba los torneados brazos con vistosas plumas de papagayos que le ofrendaban los hombres de su pueblo. El extraño caracolillo de oro no abandonaba nunca su preciosa garganta.

No se le permitían otros quehaceres que la participación en las danzas y festividades rituales, en que actuaba como primera personalidad, atendida por las más altas jerarquías y servida con el más religioso respeto. Sagrada para todos, que veían en ella la hija de una divinidad nadie se hubiera atrevido a ponérsele de cerca sin su expreso mandato. Así, vagaba a capricho y libremente por praderas y lomas, entraba a los pueblos y a las

cabañas acariciaba a los pequeñuelos, corriendo y jugando con ellos; tejía hermosos penachos y jugando con ellos; tejía hermosos penachos de plumas que obsequiaba a los sacerdotes y guerreros más ilustres; ofrendaba flores, frutos y pajarillos a los ídolos tutelares, y le eran conocidas las virtudes medicinales de las hierbas y de las plantas, que iba a buscar para remedio de los enfermos. Deleitaba a sus oyentes entonando, con voz suave y melodiosa, cánticos que componía para enlazar la hermosura de la naturaleza, las hazañas y victorias de su gente. Pero había épocas en que no salía del bohío, en que se pasaba varios días, muda e inmóvil, sirviéndole de taburete la frágil barca en que llegó navegando de lo desconocido. Sumida en meditación profunda, erguida la cabeza, adquirían sus facciones imponente dureza, y los ojos, clavados en lo alto, se veían animados por un inmenso fulgor. De tiempo en tiempo, aprisionaba entre sus finos dedos el caracolillo de oro, y, aplicándolo al oído, parecía atender a una voz familiar que le hablaba desde adentro. Luego, como cediendo a un imperioso mandato de seres invisibles, a quienes debiera obediencia ciega, profería oráculos, vaticinaba guerras, pronosticaba victorias y derrotas, anunciaban sequías o cosechas generosas, lluvias o tempestades, presagiaba pestes y muertes, impetraba sacrificios para aplacar la cólera de las divinidades irritadas. Todos las escuchaban con intenso desasosiego y mortales angustias, pues sabían que sus palabras tendrían inexorable cumplimiento. Concluía, en ocasiones, aquel estado de letargo acercando maquinalmente a los labios la encantada joya, que producía un silbido agudo y lastimero; entonces se encapotaba súbitamente el cielo, el mar se encrespaba, rugía con violencia, y se desencadenaba la tormenta.

Huayna Capac, el mimado de la fortuna, el inca de las grandes conquistas y ruidosas victorias, quien durante su próspero reinado había sumado al imperio tantos territorios y tribus como los que heredara de sus mayores, después de ceñir sus sienes con la corona de los shyris, había bajado a la costa, a la cabeza de un lúcido y aguerrido ejército, y marchaba reduciendo a su obediencia los principados y cacicazgos autónomos que encontraba al paso, cuyas fronteras se dilataban hasta la orilla del azulado mar. Unos, de grado; otros, por fuerza; algunos, en apariencia; todos habían aceptado la sumisión al cetro de los hijos del Sol. Perdiendo su libertad y sujetándose a los delegados y sacerdotes que el conquistador les imponía, para que en adelante los gobernasen, en lo moral y material, conforme a las leyes y preceptos del imperio. Hasta el indómito régulo de la Puná, sabiendo que el audaz emperador aparejaba una flota para asaltar la isla, le había salido al encuentro en embajada de paz y vasallaje.

Po-sor-já, que había predicho el acercamiento del monarca cuzqueño, el vencimiento del rey de Quito y la invasión a los estados costaneros, aconsejaron a los suyos recibir pacíficamente al Inca, estaba delante de Huayna Cápac, el que, no bien alzó su campamento en aquella región y en lo alto de una de las lomas próximas al mar, había reclamado del cacique la

presencia de la joven misteriosa, de quién tan sorprendentes oráculos habían llegado a sus oídos.

El famoso guerrero, rodeado de los altos personajes de su séquito, viejos augures e ilustres generales, recibió y acogió a Po-sor-já con marcadas muestras de atención y respeto. La invitó a tomar asiento a su lado, sobre el almohadón de plumas en que reposaba; admiró, mudo, largo rato, el raro color de la tez de la hermosa joven, el de sus inusitados cabellos; luego, la besó paternalmente en la frente, aprisionó con delicadeza sus dos manos, las llevo sobre los hombres de él, y, mirándola finamente, le dijo con voz grave y pausada:

--- Muy amada hija mía, hada del mar, enviada de Pachacámac, tú, que recibes inspiraciones de lo alto y dices cosas que están por suceder, mira, si te es permitido y puedes, revelarme el destino que me está reservado. No abrigues ningún temor que por adversos que sean tus presagios, hablando cono hablas, por permisión divina, tendré tus palabras como aviso de mi venerado padre Sol.

La joven pareció meditar breves momentos, más, en seguida, dejó escuchar una voz armoniosa, diciendo:

--- ¡Oh, magnífico señor que venís desde tu distante Corte, atravesando sierras y llanuras por reducir nuevos reinos y pueblos a tu obediencia, e imponerles las leyes y ritos de vuestra poderosa y antigua monarquía! Sabed que no me es dado revelar con palabras ni hacer conocer de nadie, que no seáis vos, lo que os traerán los días futuros y los acontecimientos próximos a cumplirse. Así, invicto soberano, mira solamente en el fondo que me posee quiere que te sea conocido, y lo que has de guardar secreto en tu corazón.

El inca clavó su escudriñadora miraba en los claros ojos de su interlocutora, que se mantenían paralizados, mientras que las pupilas se iban convirtiendo en ascuas. Fascinado, Huayna Capac veía cómo aquellos crisoles de fuego aumentaban rápidamente de volumen, nublaban todas las facciones de Po-sor-já y oscurecían a las personas y objetos que se hallaban a su alrededor, hasta borrarlos por completo. Luego, aquellos dos fanales se confundieron en un solo gran disco que fue adquiriendo, poco a poco, el color blanquecino de las nubes, sobre el que empezaron a dibujarse primero vagas, después, con precisión, pequeñas figuras humanas: era una sala de palacio imperial de Tomebamba, recién construido; el inca, con semblante cadavérico, estaba recostado en su lecho, en torno del cual se agrupaban, pensativos y llorosos, los grandes de su acompañamiento, en tanto, su joven y predilecto hijo, Atahualpa, de rodillas ante él, le apretaba convulsivamente la mano. De pronto, se borró esta espantosa visión para dar paso a una nueva: los personajes se multiplicaron y acudían en tropel, unos contra otros; eran dos poderosos ejércitos que se batían desesperadamente sobre una extensa llanura. Las andas de los jefes combatientes asomaban de un lado y otro por entre las apiñadas filas de los guerreros que se atacaban y repelían vigorosamente. Huayna Cápac reconoció, aterrado, que quienes de pie sobre ellas animaban con el gesto y el ademán de las huestes enemigas eran sus dos propios hijos: Huáscar y Atahualpa. El uno lucía sobre su frente la borla roja de los incas; el otro, la incomparable esmeralda de los shyris de Quito.

Un ronquido sordo brotó de su pecho oprimido; aterrado, hizo un supremo esfuerzo, contrabajo los párpados y se sacudió violentamente de las manos de la hechicera que pusiera sobre sus hombros.

Nadie se atrevió a interrogarle. Al siguiente día, después de una noche de insomnio cruel, el Inca ordenó intempestivamente levantar el campo y se volvió con precipitación camino de la sierra hacia fastuoso palacio de Tomebamba, entre cuyos muros se cumplió, pocos meses después, el fatal acontecimiento que él viera, espantado, anticipadamente en el fondo de los claros ojos de Po-sor-já.

Los hijos de Huayna Cápac se encontraban en guerra abierta. La ambiciosa madre de Huáscar, mal avenida con el reparto que de su dilatado imperio había dispuesto por testamento el Gran Inca, consiguió que su hijo invadiera inmotivadamente la herencia de Atahualpa. Los encuentros se sucedían con saña, y si al principio fue adversa para el de Quito la suerte de las armas, de pronto se cambiaron sus derrotas en grandes victorias. Recuperó los territorios y ciudades perdidas, y sus formidables ejércitos, franqueando incontenibles las fronteras, habían penetrado en el corazón de las tierras de su hermano. Mientras esto sucedía, el mismo Atahualpa había descendido a la costa con una fuerte división y hacía construir apresuradamente, a orillas del golfo de Guayaquil, una poderosa escuadra de balsas para invadir la isla de Puná y hacer un tremendo escarmiento en aquellos naturales, quienes, cuando sus primeros reveses, habían tenido la osadía de declararse por la causa de Huáscar.

El encuentro de las flotas de Atahualpa y de Tumbala, régulo de los confederados puneños, fue encarnizado y sangriento. Los isleños, más avanzados en el mar y más diestros en las maniobras de las balsas, llevaron la mejor parte. El monarca quiteño, que había sido herido en un muslo por un dardo ponzoñoso, dio orden de abandonar el sitio de la refriega y hacer rumbo al continente, viniendo a tomar tierra en la vecindad de las lomas en que tenía su asiento el cacique, padre putativo de Po-sor-já. Los puneños, sin embargo, quedaron tan maltrechos que no se atrevieron a perseguirlos.

Po-sor-já bajo a la playa a recibir al hijo de Huayna Cápac, con los embajadores que salieron a pagarle tributo de vasallaje y a ofrecerle hospitalidad. Atahualpa la recibió con marcada curiosidad, no exenta de cierta desconfianza; tan asombroso era lo que había oído referir de sus adivinaciones y sortilejos; pero ella supo, en breve, despertar su interés y conquistar sus simpatías. Se informó minuciosamente de cómo y en que circunstancias le había alcanzado el dardo venenoso; cuál era el estado de la herida; cómo se la había lavado y curado para impedir que se propagara la ponzoña. Cuando lo oyó todo, corrió al bosque y regresó trayendo ciertas hojas desconocidas, con las que, después de pasarlas sobre el fuego, fue cubriendo la parte desgarrada del muslo, sujetándolas con una faja que ligó fuertemente. Preparó en seguida una pócima con el zumo de pequeñas frutas rojas, que dio a beber al herido, quien, a poco, sintió mitigarse la fiebre que lo devoraba, cayendo en un sueño reparador, que endulzaba la joven con una tierna canción que entonaba a la cabecera de su lecho.

Días después, cuando el soberano de Quito y futuro Inca hubo reposado de sus fatigas y se sintió convaleciente de su peligrosa herida merced a los secretos y a los solícitos cuidados de la bella Po-sor-já, ordenó emprender la marcha hacía los baños termales de Cajamarca, en los cuales quería completar su cura, y entregarse a los ayunos y prácticas supersticiones que le imponían anualmente las máximas de su rito; pero, antes de partir, formulo esta súplica a la hermosa joven:

--- Hija de hombre o de Dios, que nadie puede decirlo con certeza, tú, en quién todo es misterio, que presientes y dices cosas, según todos aseguran, que aún no son, pero que serán más tarde; tú, que debes haber hecho el gran Inca, mi señor y padre, revelaciones tan tremendas, pues que desde aquel día quedó su espíritu contristado y no tuvo ya otra preocupación que la de su cercana muerte; mira cómo, pidiendo inspiración a las fuerzas invisibles que te iluminan, descorres ante mi vista el velo del porvenir. Quiero saber con certeza si saldré definitivamente victorioso sobre mi hermano del Cuzco, y si he de ceñir a mi frente la borla imperial de mis antepasados paternos. Apresúrate a complacerme, es un íntimo anhelo el que me mueve a este paso; te lo ruego como hombre, y te lo ordeno como rey.

Po-sor-já escuchó pensativa, con la vista clavada en el suelo, el discurso de Atahualpa, cuando este dejó de hablar, alzó los ojos y se puso a mirarlo fijamente, cual si quisiera penetrar en lo más recóndito de sus pensamientos; después, cayó en un profundo letargo, que denotaba su inmovilidad. De tal actitud, que miraban todos sorprendidos, vino a sacarla una violenta sacudida nerviosa que recorrió todo su cuerpo y desfiguró su fisonomía, en la que se vio asomar el espanto. De sus labios rígidos, de los que había huido la sangre, brotaron lentamente estas palabras:

--- Hijo del Sol, príncipe varonil, lozano vástago del árbol secular de los ilustres incas, que preferís los azares de la guerra a la molicie de la paz, y defendéis la independencia de vuestro pueblo como el más preciado de todos los dones; las augustas sombras de tus mayores preceden tus banderas, y próximo está el triunfo, espléndido y definitivo que, entre el alegre sonar de quipas y atabales, coronará vuestras sienes con el fleco carmesí de los viejos emperadores del Cuzco.

El pecho de Atahualpa se alzo poderoso; el quiteño echó atrás la cabeza con orgullo; sus ojos relampaguearon entre los sanguíneos párpados, y en sus labios asomó una sonrisa de intenso júbilo.

--- Empero ---prosiguió la sibila, cambiando el timbre de su voz, de suerte que, ahora, simulaba lamentos---, ¡oh, veleidad de las cosas humanas!, la embriaguez de tu triunfo será efímera ---diciendo esto, señaló imperiosamente, con el índice de su diestra, un gran tambor de guerra que yacía próximo al lugar en que se encontraban, lo cual hizo que todos fijaran en él sus miradas. El parche, cual si hubiera sido herido súbitamente por una mano invisible, despidió un ruido sordo y prolongado, semejante al del trueno lejano, que todos oyeron llenos de pavura.

--- Empero ---repitió---, poco durará tu gloria satisfecha; ved allí lo que el hado inexorablemente tiene escrito, y lo que no deben ni pueden pronunciar humanas lenguas.

Atahualpa y sus acompañantes vieron atónitos cómo, no bien se apago la vibración misteriosa del parche, empezó este a tomar un color negro que fue intensificándose hasta adquirir el de las tinieblas. Sobre aquel fondo, empezaron a aparecer figurillas animadas, cuyos rostros y vestidos se distinguían con toda precisión: hombres distintos a los naturales de la tierra, de tez pálida, con largas barbas negras, cubiertos de armaduras y cascos no contemplados hasta allí; unos, portaban tubos que vomitaban llamas; otros, afiladas armas que cercenaban las cabezas haciéndolas rodar por tierra. Muchos cabalgaban sobre monstruos desconocidos y horribles, sembrando todos muerte y desolación en el compacto ejército del inca, que, allá en la lejana plaza de Cajamarca, denunciada por los edificios que servían de decoración, se agrupaban en torno de la lujosa litera del soberano, que era blanco de todas las embestidas. Atahualpa se reconoció fácilmente en la figura que ocupaba. Estaba a pie y hacía grandes esfuerzos por no caer de su bamboleante trono. Centenares de muertos rodaban a sus plantas, en la desesperada resistencia que sus soldados hacían por salvarle la vida; pero todo fue inútil, aquellos extranjeros se abrieron camino hasta él, lo derribaron de las andas ¡y lo arrastraron prisionero!

Una violenta ráfaga de viento sopló del mar, borró aquella tétrica visión; más vino a reemplazarla otra menos lúgubre. En el centro de la misma plaza de Cajamarca estaba tendido el cadáver de Atahualpa, los ojos saltados de las órbitas y la lengua afuera; una cuerda de cáñamo ceñía despiadadamente las carnes de su garganta. No había junto a él ninguno de sus cortesanos o súbditos, solo, a corta distancia, un grupo de esos fantásticos adversarios. El sol, el padre sol, era una enorme bola de sangre que caía velozmente tras los montes, como si huyera de aquella trágica escena.

En los semblantes del rey de Quito y de quienes eran mudos testigos del hechizo se pintó la palidez de la muerte; los cuerpos temblaban azogados, invadidos por un copioso sudor frío; el don de la palabra había dejado de ser. Quisieron levantar los brazos, mover los pies, para lanzarse contra aquella mujer endemoniada e inferirle tremendo castigo. ¡Vano empeño; se sentían enraizados en la tierra! La joven movió al fin los labios y dejó escapar esta sentencia:

--- ¡Príncipe infortunado, vosotros todos, los que oís mi penoso decir! Mi misión sobre la tierra ha terminado; esta era y será la última de mis revelaciones. Me vuelvo al lugar de donde vine, y del que me están reclamando. ¡Ya son contados los días de los hijos del Sol!

Con las últimas palabras, corrió hacia el mar, penetró resueltamente en las aguas y, cuando tuvo estas a la altura de su cintura, desprendió de su blanco cuello el inseparable caracolito de oro, soplando con él una dulzura. Un agudo silbido, que imitaba el chirrido del búho, hendió el espacio; una ola enorme nació a sus espaldas, y dobló sobre ella la profunda comba, haciéndola desaparecer por siempre entre sus hirvientes espumas. Luego, la voz de un trueno ensordecedor y el rayo, que trazó su rúbrica deslumbradora sobre el cielo encapotado.

HUAHUA CHUMPI Y NINA CHUMPI (DESCUBRIMIENTO DE LAS GALÁPAGOS)

J. Gabriel Pino Roca

De Jipijapa y Apelope venía el Inca Túpac Yupanqui en busca de la orilla del mar. Le acompañaba corto séquito: la guardia imperial, a órdenes del príncipe Huayna, y el concejo de amautas, quipucamayos y yaravecs, encargados de auxiliar con su experiencia al monarca y de recoger en sus ñudos y cantares los hechos memorables de tan larga campaña, presidido por Inkil de Manta, Japotó y Picoazá, encomendado a los generales Auqui Amaru, Quehuar y Sutanka. Todas las tribus de la costa, de Tumpis a Concebí, fueron arrolladas y sometidas por sus armas vencedoras. Nuevas y ricas regiones vinieron a acrecentar el patrimonio de los hijos del Sol. Pero la satisfacción de la victoria no se revelaba en el semblante del temido Túpac.

Llegó a la playa; de un gesto mandó a descansar las pesadas andas de oro sobre el muelle, arena, y allí estuvo, fija y penetrante, la mirada en el confín lejano, donde pareció confundirse el cielo y el océano. Guerreros y filósofos no osaban en levantar del suelo la vista, ni se atrevieron a distraer su atención con el más leve movimiento. Reinó un silencio sepulcral; se diría, hombres petrificados por las brisas salinas. De pronto, una ráfaga más violenta, o el morir estrepitoso de alguna ola, arrancó a Túpac Yupanqui de su grave meditación. Se dejó oír su timbrada voz:

--- Acércate, Inkil Túpac, y vosotros también, padres austeros enardecidos en el estudio. Quiero saber lo que pensáis del proyecto atrevido que ya días aleja el sueño de mis parpados y guía mis pasos hasta aquí. Sabéis que el sol, mi padre, me impone el deber de difundir sus leyes divinas y reducir a su obediencia a los pueblos todos del Tahuantinsuyo, buscándolos para ello donde habiten. Me inculcó esta doctrina, cuando niño, mi buena madre, la coya Chimpu Ocllo, y por ella fui, muy joven, con mi señor y padre, a las tierras del Arauco. Asistí a las reñidas acciones de Copiapó y Copayapu, y apagué mi sed en las claras aguas del Maullí, ciño el llauto, y entonces, es mi primer afán el reducir los pueblos existentes de Huacrachuco a esta provincia. Cuatro años largos me habéis acompañado sin desmayo. Los sacrificios que hicisteis fueron siempre gratos a Pachacámac, y se cumplieron los oráculos que por vuestro intermedio profería. Estabais a mi lado cuando celebré el Inti Raymi en mi florida Tumipamba, vuestros ruegos tornaron en apacibles las impetuosas corrientes del Quilca parlador, y vuestras manos purificaron las indígenas ara del inhumano dios chimú, fijando en ellas, por siempre, la imagen sagrada de mi luminoso padre Sol. Bien sé que todavía resta ardua empresa que acometer, que el esforzado shyri de Quito prepara nueva y heroica resistencia, en lo que aún le resta de la herencia de sus mayores; mas la continuación de tal conquista la tengo reservada a mi hijo Huayna, en que espero sabrá hacerse digno de sus antepasados.

Hizo una breve pausa, paseó dignamente la mirada por el atento auditorio, y prosiguió:

--- Tenía resuelto tornar al Cuzco para dar reposo a mi cuerpo y descanso al ejército, pero, he aquí que la gente de mar de esta costa pretende que, de tiempo en tiempo, atrevidos balseros, navegando varios días, han recalado a unas islas que se esconden tras ese horizonte que contemplamos. Yo os pregunto: ¿será lícito que el Inca desconozca tierras que visitaron sus súbditos? ¿y no será glorioso para mi reinado ir, a través de esa dilatada llanura, a descubrir remotos parajes para rescatarlos de la barbarie y entregarlos al comercio de la civilización? Hay en mí algo interno que me repite que sí; empero, os ruego, me digáis si no es contrario a nuestro santo rito el propósito que he formado: Huayna, mi primogénito, es ya crecido y pruebas tiene dadas de valor y madurez. Le dejo de regente del imperio, siempre que me hagáis formal promesa de que, si pasado un año, no volviera del peligroso viaje que emprendo, le proclamaréis, en virtud de ese mandato, dueño y señor del Tahuantinsuyo. Reflexionad, y decid, pensadores de mi corte.

Amautas, quipucamayos y yaravecs, cual movidos por extraño resorte, cayeron a los pies del célebre conquistador. Así, rendidos, casi rozando el polvo con la frente, permanecieron algunos segundos. Levantó al fin el rostro Inkil Túpac, y respondió pausadamente con asentimiento de sus compañeros:

--- Oh, predilecto Inti Churin, magnánimo príncipe que reinas sabiamente sobre los cuatro puntos de la tierra, cuyas hazañas portentosas llena nuestras anales y las pregonan en lenguas y cantares distintos más de cien naciones aguerridas. Sabe tu grandeza el amor que te profesan tus vasallos, testigos de tus innumerables virtudes, ¡oh incomparable huacchacuyac!, y que ninguno de ellos sería capaz de contrariar en lo menor el más simple de tus deseos. Será lo que tú dispongas, padre, benefactor, alegría de nuestra vida. Muy en consonancia con tu augusto renombre está el atrevido pensamiento que acaricias. La navegación te será propicia, el mar deleitará tus suaves oídos con sus quejas arrulladores, el dios del viento mantendrá infladas las pintadas velas de tus balsas, y Chasca, la estrella de los cabellos largos y crespos, alumbrará tu ruta. Quedé con nosotros tu caro Huayna, robusto vástago de árbol tan corpulento: él gobernará a tu nombre, cual lo previenen las leyes y ritos del imperio. Viracocha te volverá a nosotros, para que, al llamarme a su lado, tu amante padre, el Sol, pueda tu cuerpo ser colocado junto al de tus antepasados, en la nave sagrada de su templo magnánimo del Cuzco. Id tranquilo, qué si acaso Pacharurac tiene reservado para tu dulce suelo las islas fantásticas y no retornares después del año, manifestaremos al pueblo tu voluntad, y Huayna, tu heredero, ocupará el desierto trono.

Los ojos de Túpac Yupanqui brillaron con intensa luz. Respiró satisfecho; los cortesanos aprobaban su resolución.

Pocos días de trabajo fueron menester para aparejar la flota que debía conducir a los aventureros. Suministraron los chimúes de Puná cuarenta de

sus más cómodas balsas, tripuladas por prácticos navegantes de la isla. Se embarcaron crecidas provisiones de boca, capaces depósitos de agua, y al despuntar de una alegre mañana, se hizo a la mar el ambicioso Inca, llevando consigo la suerte del viaje a expertos pilotos de Sumpa y Manta, huayna Cápac, Inkil y los generales cuzqueños, frente al ejército formando en la playa, le despidieron con palabras de aliento y felices vaticinios, permanecieron en el sitio hasta que la última vela se perdiera en la lejanía.

Las balsas se deslizaron a merced de un viento favorable. A la tarde siguiente de la partida, se perdió de vista la costa. ¡El descendiente de Manco Cápac se hallaba en medio del océano!

Siguieron los días. ¿Cuántos? En el rico archivo del palacio del Cuzco estaba prolijamente consignada esta atrevida expedición, en los indescifrables quipus, arrojados al fuego por la ignorancia o fanatismo de los soldados de Pizarro. Pero los tiernos yaravíes relatan que muchos soles sorprendieron sobre el mar al audaz aventurero. Le deparó el cielo el soberbio espectáculo de sus noches estrelladas; logró ver, a la distancia, un grupo de ballenas juguetonas, y le sorprendió el surco de fuego que trazó un bólido sobre la esfera sideral. Al nacer de una montaña más pura, se hallaron los indianos frente al encantado archipiélago.

--- ¡Huahua chumpi!... ¡La de fuera!..., ¡la primera! ---prorrumpió Túpac Yupanqui, alborozado, señalándola a sus compañeros.

Al abrigo de una tranquila ensenada, desembarcaron los imperiales y pasaron a reconocerla tierra adentro. Poco reposaron allí, el Inca se sintió arrebató en proseguir su feliz descubrimiento. Volvieron a las embarcaciones, y, siguiendo la débil silueta de remotos islotes, dieron con otra isla mayor, de elevados picachos y rocas escarpadas. Se alistaron a descender allí, prometiéndose grandes recompensas, cuando, de improviso, se escuchó en los aires un ruido sordo y prolongado, se incendió uno de los montes que coronaban la isla, y se despidió a la altura flamígera columna. ¡Non plus ultra!

Aterrorizado el hijo del Sol, que siempre fueron nefastos para su casa y reino esta clase de fenómenos, ordenó presuroso el regreso al continente.

--- ¡Nina chumpi!... ¡Nina chumpi!... ¡La del fuego! ---balbuceaba, alejándose de la isla inhospitalaria.

El viaje de Túpac Yupanqui a las islas encantadas ---las que, en la actualidad, se las conoce como Galápagos--- era válido entre los habitantes de la costa ecuatoriana cuando llegaron al Perú los primeros castellanos. Se decía que al tornar el Inca a tierra firme trajo, entre otros despojos de guerra, un trono de cobre, varios prisioneros de guerra y muchas pieles de raros animales.

A pesar de esta tradición, el archipiélago solo fue casualmente descubierto por el dominico Tomás de Berlanga, el 10 de marzo de 1535.

El erudito Marcos Jiménez de la Espada cree que Huahua chumpi pudo haber sido Hood (Española), y Nina chumpi, Narboroug (Fernandina), que tiene tres volcanes activos y conserva vestigios de antiguas erupciones.

MUSCUY (SUEÑO)

Reynaldo Murgueytio

Huayna Cápac, con motivo del nacimiento de Atahualpa, se forjó grandes ilusiones, pues tuvo la videncia de que este niño sería un ser superior, dotado de clara inteligencia y de refinamientos morales que le capacitarían para inmortalizarse morales que le capacitarían para inmortalizarse como un inca poderoso y sabio.

Entonces concibió la idea de traer del Cuzco a los mejores amautas y yaravecs, maestros y poetas, que le darían conocimientos de la naturaleza y del espíritu humano, a la vez que bellas poesías simbólicas.

Con este objetivo hizo un viaje expreso al Cuzco, en donde pudo darse cuenta, una vez más, del estado mental de su otro hijo, Huáscar, educado en la molicie de la Corte Imperial, tan llena de intrigas, lujos y perversiones. Comparó la vida de Quitwa y se resolvió a preparar al Inca que había de sucederle, que no podía ser otro que Atahualpa.

Muy satisfecho estaba Huayna Cápac del celo y del inmenso amor que paccha, su hermosa esposa conquistada, tenía por Atahualpa; pero quería darle educación superior, digna de un futuro gran señor.

Sobresalía el amauta Quishpe por la profundidad de sus conocimientos y por la altura moral de sus sentimientos. Fue el escogido para maestro de su hijo Atahualpa. Un discípulo de Quishpe, el yaravecs Rice, de dulce voz y de notable ingenio para la poesía y la pintura, acompañó al Inca soberano a su regreso a Quitwa.

Una vez subieron a Tiuctiuco, sitio hermoso sobre Quitwa, el maestro Quishpe y Atahualpa, muchacho a la sazón; pero ya inquieto por saber, pregunto al maestro sobre el significado del siguiente sueño:

--- Hace pocos días he tenido un sueño que he ha dejado pensativo, sin que me sea dable apreciar su valor en mi vida.

>Me parece que, en este mismo sitio, un tanto quebradizo por todos los lados y cuesta arriba, estaba entretenido recogiendo flores silvestres y

mariposas, cuando de una de aquellas cuevas salió un animalito que al verme se hizo grande y, mientras más se me acercaba, más tomaba cuerpo y más firmemente me miraba, abriendo tamaño hocico.

>Cuando pasó por encima de mí, perdió su forma y se deslizó como una niebla que me quitó el habla. No pude gritar ni mover un brazo. Así, en forma de niebla, pero de mal olor, tardó en pasar algún tiempo, al cabo del cual recobré mi ser.

>Entonces miré otra vez a la cueva y volvió a salir otro pequeño animal que, tomando otra dirección sobre la ciudad, se agrandó tanto, así en forma vaporosa, que cubrió la ciudad durante un buen tiempo. Pero esta vez pude hablar y mover mis brazos libremente.

>Siguieron saliendo más y más animales que se evaporaban en el espacio, el último de ellos era más oscuro y fétido, y demoró mucho tiempo en diluirse en el aire, su sombra me produjo frío y vómito.

>Cuando me hubo pasado el vómito, sentí un deseo irresistible de acercarme a la cueva. Llegué hasta la puerta y solo alcancé a divisar de ojos encendidos, poderosos, que agrandaban y achicaban como llamándome hacia adentro.

>Me armé de coraje y penetré, pero no vi nada ni oí nada; todo era quietud y silencio. A la salida, solo vi una araña que se colgaba de su hilo para tejer. Me desperté casi tranquilo y deseoso de preguntar al maestro su significado.

El amauta Quishpe dijo:

--- Este sueño me revela que estás en aptitud de vender el miedo, que no es otra cosa que la fantasía negativa de los hombres. La causa del miedo está dentro de ellos mismos y, cuando no lograron vencerse a sí mismos, son víctimas de sus propios sentimientos. El esfuerzo que hiciste por penetrar en la cueva de los fantasmas significa lo que debes hacer en vigilia para destruir todas las imágenes sombrías y penosas.

>Tú debes ser como el Inti, que se lanza al espacio con luz propia y sin miedo a las tinieblas.

>Estás comenzando el camino de la sabiduría que requiere valor, resolución firme y meditación.

Atahualpa no dijo nada, solo se dio cuenta que algo trascendental sucedía en su espíritu. Tal ves caía el primer velo de su inocencia: el miedo.

SAMKA-CANCHA (CÁRCEL)

Reinaldo Murgueytio

Para tener seguridad en las enseñanzas diarias que le príncipe Atahualpa recibía de su maestro Quishpe, este le sometió a una prueba de valor y de estoicismo.

Existía una cárcel con el nombre de Samka-Cancha en una de las quiebras de las faldas del volcán Pichincha, cercano a Quitwa y que hizo construir Huayna Cápac para castigar ciertos delitos, especialmente la traición, y para atemorizar a los pueblos que acababa de conquistar.

Esta cárcel era un lugar tenebroso en el cual moraban algunas víboras de cuyas mordeduras no podían escapar los delincuentes. Caído en ese pozo, no se salía sino hinchado y amoratado para luego ser colgado en la plaza, para que sirviera de escarmiento a los pobladores.

El maestro Quishpe condujo a Atahualpa a visitar el Samka-Cancha para poder exterminar, entonces, el grado de valor y las impresiones que de hecho debían producirse en el ánimo del joven príncipe.

--- ¿Por qué me has conducido a este lugar? ---le interrogó Atahualpa, un tanto picado por la curiosidad.

--- Tú, joven príncipe, que estas llamado a gobernar, necesitas conocer estos lugares para que aprecies el dolor de los demás y para que experimentes el valor que posees.

--- ¿Y qué piensas hacer conmigo?

--- Mira, esa víbora que ves al fondo del pozo solo muerde al verdadero delincuente, al que ha mentido, al que ha matado, al cobarde, a cualquiera que tenga una cualidad negativa y malsana. ¿Quieres tú probarte?

--- Átame un lazo a la cintura y bájame al fondo del pozo y sabrás quién soy ---dijo con resolución firme Atahualpa.

El amauta le bajó como él quería, y la víbora, en lugar de enroscarse para saltar, solo zigzagueó a los pies de Atahualpa, humilde y dominada por alguna fuerza invisible.

--- Bien ---le dijo Quishpe---, estoy orgulloso de mi discípulo. No solo has probado de ti mismo e intrepidez, dos valiosas cualidades para un hombre de gobierno, sino que tu conciencia, adonde no me es posible penetrar, no te ha acusado de nada. Eres un ser puro. Ven y demos gracias a Inti, que nos iluminan por haberte dado un corazón bien formado.

Cuando Atahualpa llego al poder ordeno que se tapara ese pozo, porque comprendió que el dolor proveniente de la tortura espanta, pero no corrige, y que el mejor camino es el que se finca en el cumplimiento del deber, lo que produce una conciencia tranquila, la mejor coraza contra toda inquina.

HUAINARO YUYAYUC (JEFE RACIONAL)

Reinaldo Murgueytio

Cuando Atahualpa entró en territorio de los puruhaes, que siempre había dado motivos de inconformidad y de rivalidad con todo lo que era extraño a su agrupación t a sus intereses, se encontró con que dos jóvenes de la nobleza se disputaban el derecho de ser curacas.

El más arrogante de ellos decía que el gobierno local le correspondía porque su padre acababa de ejercerlo; que su fama era noble y los varones habían tenido el mando, que, según las costumbres establecidas y una revelación divina manifestada, a uno de sus antepasados destinaba el mando.

Hubiera continuado hablando y exponiendo razones si Atahualpa no hubiera concedido la palabra al otro aspirante, quien, con la modestia de su talento y de sus virtudes, dijo que él solo aspiraba al gobierno como curaca por desear el bien de su pueblo, maltratado por los abusos e injusticia que se cometían, y que los derechos que le asistían por parte de sus antecesores no los tomaba en cuenta, porque el gobierno no lo iban a hacer los muertos, sino un ser viviente.

Atahualpa no hizo el menor gesto ni movió un dedo de su mano durante estas explicaciones. Solo miraba con aquella penetración de los filósofos que intuyen la verdad por encima de la palabra.

--- He escuchado a los dos ---dijo---, y quiero probar cuál es el más apto para gobernar esta región tan hermosa y rica. El que sea más sabio de los dos verá en la esmeralda que llevo en la frente la imagen de una huaca, que, si mira de frente, inclinará la cabeza en señal de aceptación, y si se presenta de espaldas, significa que no debe ser curaca.

--- Observa bien ---le dijo al primero--- y cuéntame lo que veas.

El vanidoso gritando dijo:

--- Ahí está la imagen, ahí está de frente, ahí me sonríe, es la huaca de mis padres, ahí está… soy el curaca por derecho.

--- Ahora tú, joven silencioso, ¿qué ves? ---le interrogó Atahualpa.

--- Yo, gran señor, no veo nada; veo solo tus ojos que comprenden todo y tu frente serena que siempre piensa para hacer las justicia.

--- Esta prueba es suficiente, pues solo he apreciado una de las cualidades para ejercer el mando. Contesta tú, el que viste la huaca, ¿por dónde has viajado y cuántos amigos tienes?

--- Gran señor ---dijo, repitiendo el trato de su rival---, yo he viajado mucho; he salido en cacería con frecuencia y mi brazo jamás ha errado; no sé lo que es miedo delante del puma. Amigos son todos los jóvenes de mi edad y de mi casta.

--- ¿Y tú?

--- Mis amigos son los ancianos, porque ellos me dan consejos y con ellos medito de los tiempos pasados y en lo que dicen los astros. No conozco sino este lugar y jamás he matado ni un chucuri.

Atahualpa, profundamente emocionado, pero sin demostrarlo, dijo a este último:

--- Tuyo es el gobierno, porque has sabido demostrar sinceridad y prudencia, dos bellas cualidades necesarias para hacer justicia con autoridad y para seguir con sabiduría. En cambio, tú, joven, sigue cazando pumas y saltando cerros. Y cuando hayas recogido experiencia, aprenderás el arte de gobernar.

Y diciendo esto, se alzó de su asiento para ordenar la consagración ritual del nuevo curaca.

LLANGANATY (MONTAÑA DE PADECIMIENTO)

Reinando Murgueytio

El aprendizaje de gobierno del Reino de Quito comenzó Atahualpa desde muy temprano y con notable acierto, pues Huayna Cápac tenía especial empeño en hacer que se hijo oyera las peticiones, las quejas, las novedades que en reino tan dilatado y complejo debían presentarse día a día.

El emperador concedió audiencia, al octavo día de haber llegado, al cacique de los moches, muy conocidos ya por su intemperancia y por los frecuentes pleitos, muchos de los cuales terminaban con muertes.

El cacique, un hombre ya viejo y débil de carácter, venía ante el emperador a exponer lo que sucedía en su pueblo, reacio además a ofrecer el tributo obligatorio por el culto, el ejército y la familia real.

El caso grave era que una familia entera había perecido por envenenamiento de la chicha, al término de una fiesta, sin que se supiera cuáles eran los autores. La familia ---era verdad--- tenía muchos enemigos y por consiguiente muchas venganzas que pagar.

Ya en el palacio se sabía de antemano el espíritu quisquilloso, vengativo y difícil de los mochanos. Muchas informaciones había de la agresividad para con los pueblos vecinos y de los excesos alcohólicos.

En los censos periódicos que se efectuaban en todo el imperio, Mocha tenía reducción de habitantes y disminución en la producción, hasta el punto de que, en ciertas ocasiones, el mismo emperador ordenó que se diera a Mocha una fuerte cantidad de víveres para así evitar la hambruna, situación imposible para un pueblo dentro del incario.

Los mochanos necesitaban una solución radical y compatible con las leyes establecidas. El cambio de cacique no era suficiente. La amonestación era inútil para un pueblo que seguía sendero abajo, degenerándose cada vez más.

--- Espero de la sabiduría del Gran Emperador un gran remedio para mi pueblo ---le dijo el cacique, casi en un tono de desafío y de miedo.

--- Los mochanos serán trasladados a una montaña virgen situada a la salida del sol, de Llactacunga (actual Latacunga), en el primer día de la luna nueva. Serán encaminados por 5000 soldados y llevarán víveres para tres lunas, tiempo suficiente para que ellos obtengan los frutos por su propio trabajo. En cuanto al tributo, ninguno dará nada, pues el imperio no necesita cosa alguna de hombres perversos y de alma negra; su dádiva dañaría a los que reciben. Esa montaña se llama Llanganaty. Allí no llegará jamás la voz ni el consuelo de mi hijo.

--- ¿Y qué ordenáis de vuestro cacique?... ---interrumpió el pobre viejo, ya con un nudo en la garganta.

--- La misma suerte que tu pueblo; donde va el cuerpo va a la cabeza; allí dejarás tus huesos para ejemplo de fidelidad con tu pueblo que no supiste corregir…

La sentencia estaba dada; debía cumplirse de un modo inflexible; había que arrancar de raíz el mal.

Momentos después, Atahualpa, que había estado presente cuando su padre pronunciara la terrible sentencia, dijo:

--- Ñuca taita, ¿por qué envías a los mochas a Llanganaty?

--- Ven acá, niño shyri, ¿ves aquí estas dos plantas?... la más chica es buena y la más grande es mala, venenosa. ¿Qué harías tú para dejar vivir a la buena?

--- Arrancaría la mala.

--- Entonces ya sabes, los hombres como las plantas son buenos o malos; para que crezcan los primeros es necesario destruir o alejar a los malos. No permitas nunca en tu imperio que los pueblos o se mueran por los vicios o por la maldad.

Atahualpa entendió desde entonces que la salud moral de los pueblos requiere el cambio de ambiente y el alejamiento de los grupos insanos, sin quitarles la vida y sin privarles de la libertad relativa que deben gozar los pueblos, a pesar de ser malos.

Allí está la montaña Llanganaty, impenetrable y muda como un sepulcro de un pueblo en expiación. ¿Hasta cuándo?

Los hombres, como los pueblos en decadencia, necesitan cambiar de suelo, de aire y de vida, a fin de que puedan regenerarse y ser útiles.

EL CONDOR DE GALOPE KAKA

Alfredo y Piedad Costales Samaniego

Al otro lado de Pachanlica, en la vecindad de Picaihua, más allá del río, arrancando del labio arenoso, hacia arriba, se alza como un dolmen prehistórico el Galope Kaka, morada cósmica del cóndor que enamora y seduce a las longas hermosas.

Galope Kaka domina la llanura. Al fondo del tiempo y del barranco, se abre el río.

En la tierra de los picaihuas, fuera del dominio Salasaca, nace el barranco, como punto geográfico. La leyenda se origina en Salasaca. En la raíz misma del declive abrupto se sitúa el Cóndor Poguio, orlado de mentas húmedas, barros floridos que disparan estrellas en la punta de sílex de los vecinos... Es esta el agua del cóndor, según los nativos, que cura los dolores del cuerpo y el alma, milagrosa como San Buenaventura.

El salasaca crédulo, cuando el poder del brujo o del curandero resulta ineficaz y las jambi quichuas o hierbas medicinales, tomadas en pócimas o brebajes, no devuelven la salud a los enfermos, acuden a la fuente, en busca de curación o de alivio para el alma. El romeriante salasaca cruza el Pachanlica, para llegar reverente al Cóndor Poguio, llevando la humildad de sus ofrendas.

El enfermo de sarna, lepra, lesión o cualquier otro mal, recurre confiadamente a los linfas del poguio para bañarse en ellas. Luego con frutas, mazorcas de maíz, se aplica a las partes del cuerpo afectadas por el dolor, e invocando al cóndor, señor de la fuente, arroja a las aguas míticas las ofrendas, en espera de que se cumpla lo invocado.

Es una fuente de deseo. Hay una continua peregrinación. En las madrugadas frías, cuando el cuerpo del agua no despierta todavía, el

romero se sumerge reverente, invocando a gritos el poder sobrenatural del cóndor de Galope Kaka…

Pero, ¿qué es Galope Kaka de la tierra de los picaihuas? Un barranco entre cerros. Un corte vertical de tierra amarilla que mira de soslayo al salasaca y al Pachanlica mítico.

Cuentas los salasacas viejos que antes, mucho antes de la llegada de los viracochas, cuando los nativos eran dueños de su llacta, de su libertad, en una cueva o uctu de la cima del farallón, vivía el dueño del poguio, un cóndor de proporciones gigantescas. Quienes lo vieron desplegando las alas sobre las alas sobre las montañas más altas atestiguan su corpulencia, su pico poderoso, sus patas de acerados garfios. A nadie tocó nunca, ni siquiera a los diminutos roedores y pajarillos. Vivía solo, en la inmensidad de la comarca, vigilando su poguio, el agua mansa, a la que había impreso virtudes prodigiosas de salud, de sabiduría.

Por esta razón, curanderos y brujos acudían allí en demanda de conocimientos… El cóndor de Galope Kaka era bueno, amaba a sus hijos salasacas extremadamente. Los atardeceres, mientras el sol se fragmentaba sobre la superficie del Pachanlica, trayendo en su gorguera blanca, la diafanidad del cielo, descendía en majestuosos círculos hasta el poguio, para mitigar la sed que la sola presencia de los arenales producía.

Un día, todo cambió violentamente para la comarca.

El cóndor se sintió solo, le habían abrumado los años con nostalgias.

Y allí nace la leyenda de su soledad, de su misterio, de su vida misma, maltratada por el instinto brutal.

Siguiendo el curso de su pensamiento, cuenta Pambashu, con dulce ingenuidad, en un extraño tono de certeza en sus palabras, la leyenda que su pueblo conserva celosamente.

Habla el informante con vos que más tiene de oración agraria:

--- Tutamantita… tutamantita… Tzhuyu tzhuyu

Muy por la mañana, entre oscuro y claro, la longa más guapa de Salasaca tomó el camino del poguio de Galope Kaka. Iba en busca de curación para sus males de amor. El runa más bravo de la comarca, el Baltio de Guasalata la engañaba con otra.

El chaquiñán despertó con la leve pisada de la longa, cuando todavía los luceros dormían entre armiños. Llegó a orillas del Pachanlica. Lentamente cruzó sus aguas y, de nuevo dejando menudas huellas en la arena, encaminó sus pasos al poguio.

Se respiraba un prolongado silencio, roto a momentos por el canto del agua. La longa se identificó con el silencio, cuando este, sobre sandalias de brisa, huyó de puntillas por el columpio esmeralda de los cerros.

Arriba, arrebujando en su penacho de nubes, Galope Kaka vibraba en el puño apretado de los vientos. Todo era silencio. Mallu Quinche, la longa, desató la lliclla anudada a la espalda para sacar con sus manos pequeñas, finas, casi místicas, mazorcas de maíz, las más hermosas, seleccionadas de

las guayungas de casa. Las apretó contra el corazón adolorido, para luego arrojarlas al poguio, donde quedaron brillando, como cruces de plata, en el temblor impreciso del agua. En cuclillas se dejó estar por largo rato, suplicando, en lo íntimo, la ayuda del cóndor.

Cuando el sol apareció hacia el oriente de Nitón como una rosa blanca, Mallu Quinche se quitó las vestiduras para sumergirse en el poguio… Temblaron las ondas y el cuerpo moreno sintió la caricia del agua, como una palabra nunca dicha… Despertaron los berros para disparar sus estrellas sobre el agua. Valiéndose de un pilche cóncavo, como sus senos vírgenes, se echó el agua sobre la cabeza y, poco a poco, velando con la cristalina transparencia, la morena desnudez del cuerpo, con reverencia religiosa, tomó de nuevo las mazorcas que reposaban en el fondo del agua, y, alzándolas, con los brazos extendidos, ofreció el tributo a Galope Kaka, pronunciando esta invocación al cóndor:

--- Cundur… allí cundur… Ñuca llaquipi yuyay… Ñuña ancha shugu nanay upallachi… Ricuy hatun apu, cay munanay caspacunata apamurcani canta carangapac… Nanay shunguta upallachi… Ñuca cuyashca runa tigrachum… Hyara shina shamuchum… Uyapay allí cundur, mana uyacpi Curi Cruzpac uctuman risha, Imbabura Paluman mañasha huañachichum, sunguta surcuchum… Uyapay apu cundur… Pay tigrachum… Tigrachum…

Creció la mañana. De los esqueléticos brazos de los helechos, el intermitente rocío iba morir sobre la vereda herbosa de la fuente. Cuando creyó calmadas las soledades de su corazón, al contacto del agua, a la fuerza de su invocación, salió del poguio. Se vistió despaciosamente, sujetando el ucunchina al pecho, la faja multicolor al anaco. Cuando se aprestaba a tomar la lliclla para cubrir sus espaldas, escuchó el leve ruido de unos pasos. Rápidamente miro hacia atrás y sus ojos tropezaron con un joven indio que sonriente se encaminaba hacia ella.

“Galope Kaka, el cóndor, había hecho el milagro”, se dijo para sí. Sujetó los extremos de la lliclla, con el brillante tupo de plata, graciosamente echó los cabellos húmedos a la espalda y aguardó tranquila la llegada del joven Salasaca. Cuando el longo estuvo cara a cara, con una sonrisa a flor de labios, ocultando los brazos bajo la cuzma, dijo:

--- Huarmi ña armashcangui, cunanca humata mañachi usata jauingapac.

La longa no respondió. Embriagada de felicidad, tomó asiento sobre la yerba fresca. El mozo tiernamente la tomó en vilo, con sus brazos fuertes, para mirarla arrobada por breves instantes.

Entonces, ¡sucedió lo inesperado!… De la cuzma negra del runa nacieron las alas violentas de cóndor. Solo fue preciso que se abrieran para rasgar el aire, en su vuelo, hasta la cueva, en la cumbre de Galope Kaka. La longa, aterrada, ni siquiera pudo gritar. Sintió las agudas garras aprisionado su cintura, luego el vértigo, la agonía de lo imprevisto y lo horrendo.

Los padres y familiares la buscaron muchos días. Cuando todas las esperanzas parecían perdidas, alguien les comunicó que el cóndor de Galope Kaka la había tomado como mujer.

Pasaron los meses de angustia. Y un día, inesperadamente retornó al hogar paterno. Por fin pudo contarles el engaño del cóndor, que, convertido en longo salasaca, la sedujo con falsas promesas.

Meses después, dio a luz a un ser emplumado, antropozoomorfo, y sin poder soportar la desgracia, el dolor, abrumada por la pena, murió junto al hijo del cóndor Galope Kaka.

Desde entonces, ninguna mujer soltera se atrevió a ir a la fuente de Galope Kaka, donde el cóndor, con una furia de un deseo incontrolado, esperaba seducir a una nueva longa incauta.

¡Otra vez volvió a la soledad el cóndor!... ¡A la soledad del tiempo y sin esperanzas!... Con los años, desapareció de la comarca. Dicen las gentes que lo vieron levantar el vuelo y perderse en la cumbre del Teligote…

Pero aún lo recuerdan. Pambashu, dejando el corredor de la choza, señala con el dedo en dirección a Picaihua, y dice para concluir el relato:

--- Rucuyashpa cundur huañurca Teligote huma jahuapi.

EL CHOZSALONGO

Juan Iñiguez Vintimilla

Cuenca, Villa Roselena, noviembre 9 – 10 de 1942.

En la sierra como en la costa, es general la creencia de que existe un ser misterioso y maléfico, fruto de los amores clandestinos de padres con hijos o hermanos con hermanas, al que le dan el nombre de chuzsalongo, pronunciando la z y la s a un tiempo, con sonido arrastrado y sibilante.

El nombre obedece a la descripción que de él hacen campesinos y montañeses. Traza de nacional, no más alto que un niño de dos años, rostro blanco y chapudo, labios gruesos morados, nariz chata de hornilla, orejas grandes y vencidas hacia fuera, a modo de sopladores, ojos verdes pequeños, con un punto negro de fuego en el centro, y pelo corto, ralo y tieso de color rojo de braza de candela.

El cuerpo, según unos, lleva cubierto de escamas de pescado, y según otros, que aseguraban haberle visto de cerca, lo tiene del color de la cara, pareciendo moreno por el carate y la suciedad.

Lo monstruoso de este extraño personaje, a quien da existencia la imaginación popular, está en los atributos sexuales tan descomunalmente desarrollados, que ---usando las propias palabras de la indígena que me refería--- los lleva migllados, tajallishcas y cargados.

Me ha dicho que ella lo ha visto, en una mañana de sol, a eso de las once, ir por la carretera que cruza los montes de Copzhal, en las alturas de Paute, balanceándose, paso entre paso, y me ha referido como ocurrida en esos montes la tragedia siguiente:

--- ¡Si, amo doctorcito! Existe ese jueyo animal. ¡Santo Dios! Las gentes dicen que nace del machinamiento del padre con la hija, del hermano con la hermana... ¡Asco de gente! ¡Como si no hubiera tantas mujeres en el mundo para más de eso!

--- Pero, ¿Qué mal puede hacer esa criatura?

--- ¡Allí verá, patroncito! Para mí es el mismo enemigo malo. Mata a la gente haciéndole zhunguazhca.

--- ¿Y qué es eso de zhunguazhca?

--- ¡Cómo tan será!... Será porque tiene tan largo. Todos dicen. Ya le voy a contar. ¡Dios misericordioso! Lo que pasó con las hijas de Andrés Gómez, y con el mismo Andrés.

--- ¿Y no pueden matarlo? ¡Cuento de viejas!

--- No muere, amitu. ¡Dios me lo guarde!

--- ¿Cómo fue eso de las hijas de Gómez?

--- Andrés Gómez era hombre de oportunidad, casado y buen cristiano. Tenía dos hijas solteras, la una de 25 años y la otra de 18 años; gordas, buenas mozas. ¿Qué les iba a faltar muertos de hambre a la pata? ¡Pero diga, patroncito!... Ya así sería de ser. ¡Pobres criaturas!

>Vivían en Copzhal. Ya volteaba el mes de julio. No alcanzándose con la cosecha de su posesión de abajo, les mandó el padre a las dos solteritas a cuidar la posesión del cerro, allí tan estaba ya todo amarillando, y acababan los daños la mazorca. Había buena cosa, con corral para que no lleve el reposo a los borregos, ni los moras-maqui al ganado. ¡Puh! ¡Quién como él! ¡Era rico, rico mismo el Gómez!

>Las chiquillas subieron haciendo adelantar a los animales: vacas con leche, yuntas, borregos y chivos. De la posesión de abajo estaba a la vista la de arriba. Todo el día les vio el taita estar allí, hasta las seis de la tarde, que metieron los animales.

>Despues de apicotarles en el corral, cuyas puertas atrancaron, entre las dositas se pusieron a cocinar. Habían entresacado parugs para mote y tortillas. Mientras la mayor atizaba la candela, haciendo hervir el mote y calentando el tiesto tortillero, la menor molía el grano, preparaba la masa y amasaba el quesillo para el shungo; poniéndose luego ambas a las tortillas que asaban en el tiesto.

>Entretenidas en eso, no se habían dado cuenta del paso de las horas, cuando, a eso de las nueve, estando en lo más fino, oyeron en las cercanías de la casa un silbo triste. No hicieron caso. Más tarde, otra vez el silbo. Ni juicio tampoco. Pasando un buen rato, nuevamente el silbo... Entonces, levantándose la Manuela, que era la mayor, salió a ver. ¡Qué pena! Encontrándose con un guagüita, suquito, tiritando de frío. Le hizo entrar con

cariño dándole un puestito cerca del fogón para que se abrigue; pero él, calladito, se acomodó en un banco que había en un rincón, buscando lo más oscuro.

>No habían comido todavía. Cuando llegó la hora le dieron también a él su plato. Lo recibió, y durante todo el tiempo que estuvo con ellas, hasta la hora de acostarse, había estado calladito y humilde en su rincón. Solo en los ojitos al parecer le brillaba un punto de candela, como una cabeza de alfiler.

>Estaban convencidas de que el inocente huésped había estado muerto de hambre; pero no había sido así, sino que cuanto le dieron botaba detrás del banco en que estaba sentado, devolviendo los trastos vacíos.

>Lavados los platos y arregladas todas las cosas, las solteritas se acostaron a dormir, dándole también al guagua un cuerito y una pollera para cama. Y apagaron la luz.

>¡Qué noche para el pobre Gómez! Sacudía el viento las ramas, aullaban los perros, chillaban las lechuzas y lloraba el cuscungo. Todo anunciaba desgracias en el vecindario. Los padres de las chiquillas habían pasado, de claro en claro, sobrecogidos y temblando por sus hijas. Algo muy grave estaba pasando en los alrededores.

>Amaneció. Desde el primer momento, Andrés era todo ojos, observando su posesión del cerro. De ver que, siendo ya las once del día, los animales permanecían en la picota, tuvo corazonadas de que algo había sucedido con las hijas, y, dejando de todo, subió a verlas.

>¡Taita diosito del cielo! Sangre..., sangre desde los umbrales de las puertas. Y las puertas cerradas. ¡Qué misterio era ese!... Llamó, estrujó. Estaban aldabadas por dentro. Le iba creciendo la cabeza, y se le ponían los pelos de punto, ¡era obra del enemigo!

>Gómez era hombre de esfuerzo. Metió hombro a todo pulso. Saltó la aldaba, y se le presentó el más aterrador y doloroso espectáculo. Sus hijas violadas, muertas, nadando en sangre y derramando también sangre por la boca. La una yacía sobre la cama, con el medio cuerpo colgando fuera de ella, y la otra, en el suelo sobre la estera de desvestirse, que había delante del catre.

>Ya no quedaba sino la venganza. Loco de desesperación y de cólera, tomó Andrés su machete montañero, con que podía hacerse la barba, y, siguiendo el rastro de la sangre, se internó en el monte en busca del monstruo.

>Iba como la tempestad, con las tinieblas de la noche en el alma y el rayo del furor en las entrañas. Le buscaría a la sangrienta fiera hasta encontrarla. Y no sería hombre si no trajese al matador de sus hijas, vivo o muerto.

>El día era claro. Un sol excesivo hacia vibrar el aire. Las aves, acurrucadas entre las ramas, lo vieron pasar por el bosque, y dando chillidos, como cuando cruza un enemigo, saltando de rama en rama, subían a refugiarse en lo más espeso.

>Anduvo Andrés largo de una hora por senderos que jamás había trajinado, siguiendo la huella de sangre, y al fin llegó a una llanada circuida de boscaje, que servía de paradero a los venados y a otros animales silvestres.

>¿Qué era lo que veía? ¡Cómo imaginar barbaridad semejante!¡No viéndole nadie hubiese dado crédito! Allí estaba tendido descansando el diminuto monstruo de cabeza roja, con los órganos de la generación extendidos sobre la grama, en zigzag, como un cable o una serpiente de muchas brazas, haciéndolos secar al sol.

>¡A él!... ¡A él! Fue directamente sobre el Maligno, con el machete en alto y el corazón resuelto. La perversa bestia ni siquiera tomó una actitud defensiva. Se paró tranquilamente, sin que alce su cuerpo más de una cabeza de arado sobre el suelo. Solo los al parecer le relampagueaban, y del punto de tinta de sus pupilas verdes al parecer escapaban dos flechas luminosas y azuladas, que quimbliaban como la lengua de una víbora.

>Le echó el tajo mortal en la cabeza, como para dividirle en dos, con toda la fuerza de su brazo de chacarero bien comido; y el machete pasó como si fuera un espantajo de humo o de niebla; cayendo Andrés de bruces a los pies del enemigo, arrastrado por el peso de su propio cuerpo.

>De tarde, bajaron tres cadáveres.

--- Pero, ¿esto es cierto? ---le pregunté con incredulidad.

--- Tan cierto, señor patroncito, como que estamos aquí. Andrés Gómez era mi vecino y acompañé a la viuda en el velorio.

Cuando terminó Victoria Yupanqui su narración, dirigiéndome a un joven que estaba conmigo y que había vivido mucho tiempo en las montañas de la provincia de El Oro, le dije:

--- ¿Qué le parece?

--- En cuando a que el chuzsalongo existe ---me contestó--- es lo más cierto. Yo lo he visto en las montañas de Santa Rosa. Suquito de pelo colorado y tieso, tal como dice la Victoria. Se lo mira con pavor tal que cuando se lo encuentra o se advierte su pisada en los senderos del bosque, no se hace sino regresar o cambiar de rumbo, tomando la dirección opuesta. Me han dicho que mata con la mirada, y que muchas montuvias doncellas han perecido víctimas de su lascivia.